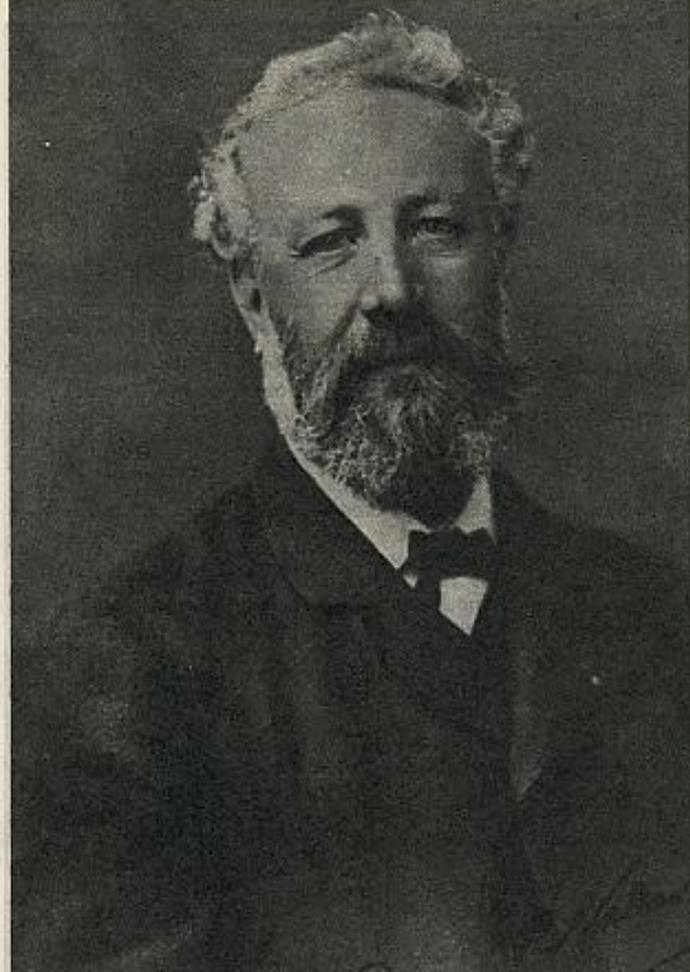


JULIO VERN



"¡Ay, amigo mío, ha tocado usted una zona ardiente! Pídale usted la vida, pero no me pida que le preste uno de mis libros de Julio Verne"...

(Raymond Roussel)

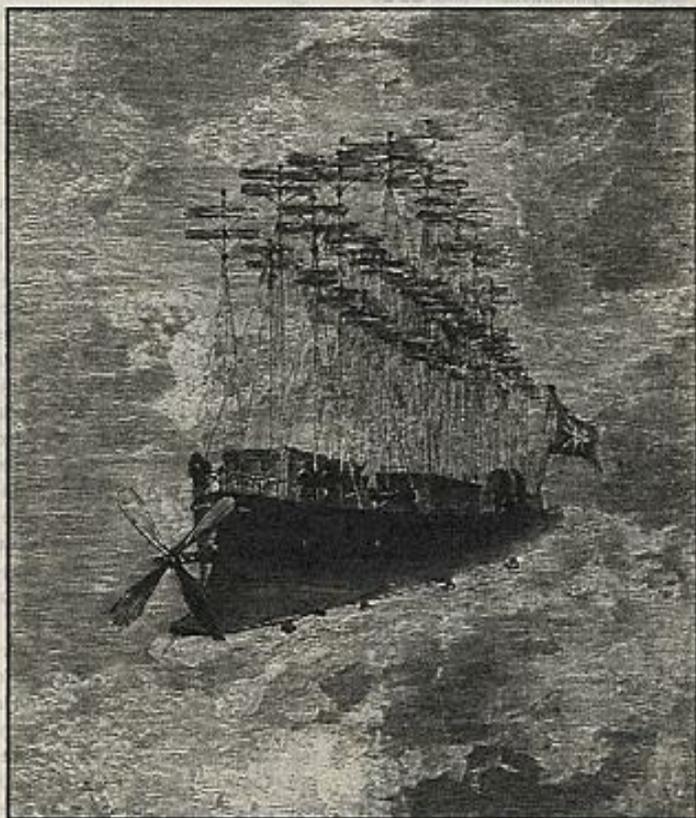
EN cierta ocasión me recordó Cioran que en todo éxito literario se encierra siempre un malentendido. Quizá el caso del éxito de Julio Verne sea particularmente ilustrativo a este respecto. Se pondera encomiásticamente la audaz fantasía de Verne, siendo así que de lo único que careció Verne casi por completo es de fantasía; se alaba su vasto saber científico, que le permitió prever los adelantos más prodigiosos de la técnica en años venideros, cuando en realidad sus conocimientos científicos no superaban el estadió de las "Lecciones de cosas" que se acumulan en las enciclopedias populares; se le imagina como un adalid de la modernidad cuando verdaderamente lo mejor de él es lo que enlaza con una tradición literaria ancestral. A estas alturas del siglo, si no curados al menos bastante mejorados del pasmo por la pura eficacia técnica y sus precursores, ¿qué puede importarnos que Verne acertase de dónde había de partir el cohete a la Luna, en qué punto del océano había de ser rescatada la cápsula espacial a su retorno o cuáles habían de ser las habilidades

subpolares del barco sumergible? Si en Verne no hubiese más que eso, todo se quedaría en una pura anécdota literaria, como las disquisiciones sobre la auténtica paternidad de las obras de Shakespeare o las manzanas podridas cuyo olor estimulaba la creatividad de Schiller. Las previsiones de Verne pudieron ser literariamente sugestivas en tanto que no se cumplieran todavía, en tanto que anticipaciones de algo que bien podía no ocurrir: realizadas, su magia se agota y se siente ante sus aciertos el mismo desencantado fastidio que produce una novela policiaca clásica leída empezando por la revelación final del asesino. Un profeta de la técnica o, sencillamente, cualquier tipo de profeta, no conserva su interés más que si sus previsiones nunca llegan declaradamente a cumplirse ni tampoco a abandonarse totalmente tras haber caducado la fecha avanzada para su realización. Los profetas que conservan más tiempo su encanto profético son los que no aciertan demasiado pronto y logran por otra parte evitar que la usura de los años desgaste el anhelo o el terror que provocó en su día lo por ellos profetizado. En tanto que vidente del futuro técnico —y no científico, como a veces se dice,

pues la ciencia pura como tal nunca interesó literariamente a Verne—, el novelista francés fue decepcionantemente atinado; pero, lejos de asegurar así el interés de sus obras, este acierto les hubiera sido fatal si en Verne no hubiese habido cosas mucho más interesantes. Podemos decir que hoy Julio Verne sigue siendo una lectura apasionante a pesar de que lo que todavía en su época era maravilloso ahora ya no lo es e incluso cada vez nos cuesta más recordar qué maravilla se vela en aquello; cumplido hasta lo atroz o lo banal el catálogo de instrumentos que previó, queda ahora el claro diamante de su poesía libre de la ganga entorpecedora de la milagrería industrial.

He dicho que Verne carecía de fantasía, algo en lo que era en cambio fabulosamente rico su admirador Raymond Roussel. Yo mismo en otro lugar ("La infancia recuperada", cap. 3.º) hice una distinción entre fantasía dura y fantasía blanda para poder conservar a Verne su atributo de escritor de relatos fantásticos sin confundirlo con autores como lord Dunsany o Lewis Carroll. Pero lo cierto es que Verne fue un inventor muy poco fantástico, un imaginador sumamente moderado en sus concepciones, incluso en las más descabelladas. No confundamos inverosímil con fantástico:

"Héctor Servadac", por ejemplo, es una novela perfectamente inverosímil, pero por lo demás muy poco fantástica, casi costumbrista, aunque, eso sí, decididamente divertida. En su bastante mediocre "Dictionnaire de la langue philosophique", Foulquié y Saint-Jean definen fantasía como "una imaginación desprovista de todo control racional y por tanto caprichosa, inconstante, frívola". Dudo que la fantasía cumpla nunca estas condiciones menos compatibles entre sí de lo que los definidores parecen creer (ni caprichoso tiene por qué ser homologable a inconstante, ni frívolo tiene por qué acompañar como si fuera cosa obvia a esas dos condiciones previas ni depender para nada del control racional de la imaginación), pero lo que es indiscutible es que Julio Verne carece de fantasía en este sentido. Si hay un autor que no divaga jamás, es él; tampoco le gusta acumular excesivas perplejidades inconexas entre sí ni tiene gusto por lo macabro, lo pintoresco o lo recargado. Es sorprendente lo poco exótico que es, sobre todo teniendo en cuenta que en su época casi todos los autores de viajes lo eran forzosamente. Aunque describa el lugar más remoto y las costumbres menos usuales, se las arregla para darle a la cosa un aire de familiaridad y



"Robur el Conquistador": la nave voladora Albatros.

• Conferencia preparada para el Ateneo de Almería, en conmemoración del 150 aniversario del nacimiento de Julio Verne.

E, INGENIERO DE SUEÑOS

FERNANDO SAVATER

sencillez, casi de sentido común (o de prosaica falta de él, que viene a ser lo mismo). Los viajes imposibles de Verne son infinitamente menos folklóricos que los auténticos de un Pierre Loti, por ejemplo; y no digamos que los paisajes en que ambienta sus novelas Salgari, cuyos personajes ven con pasmo y alarma incluso la flora y fauna de sus propios países o las costumbres entre las que viven desde hace años... Verne parte habitualmente de un planteamiento inusual, al que siguen luego derivaciones perfectamente usuales: tiene el don de no abrumar al lector con una superproducción de maravillas y la mayoría de sus libros no conoce el *crescendo* de lo asombroso que maneja con maestría H. G. Wells, sino que suelen acabar bruscamente, casi siempre con un desenlace propiciado por una catástrofe natural: erupción volcánica, *maelstrom*, terremoto, etc. Eso le libra de que el lector se familiarice tanto con la situación mágica, ya establecida una vez pasada la sorpresa inicial, que su interés acabe por decaer.

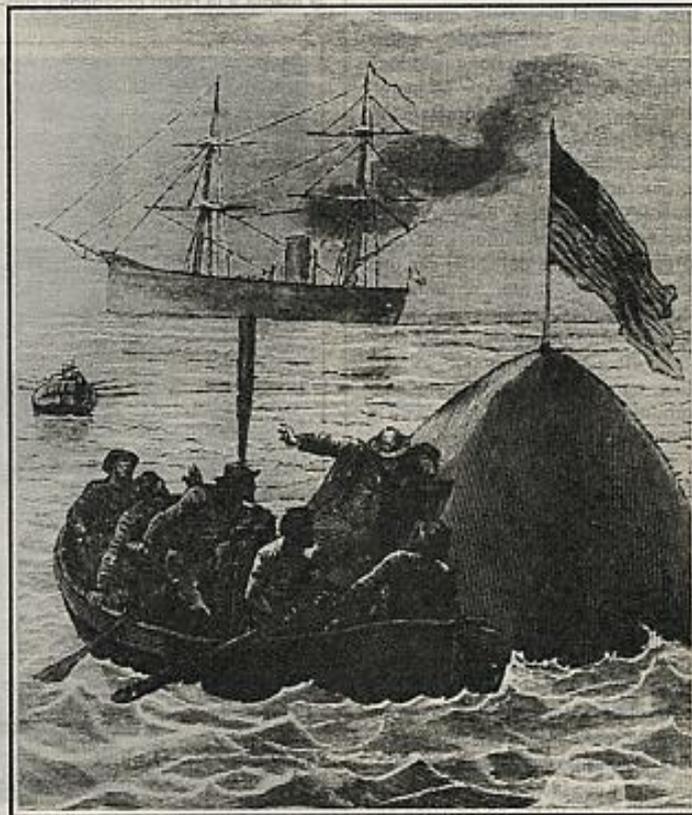
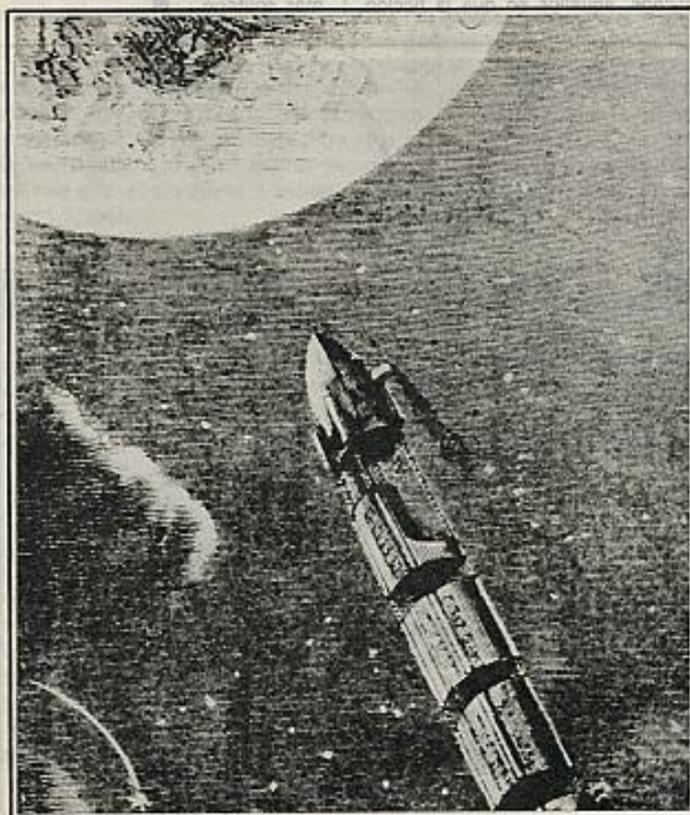
Quizá esta moderación de lo imaginario, esta timidez en lo asombroso, sea una especie de *cortesía* que forma parte del encanto mismo de Verne. Es una limitación a la que sabe sacarle partido, una gracia un poco seca que huye de lo

empalagoso en terrenos en que esto suele prodigarse demasiado. Logra que su sencillez dé a cada detalle un alcance esencial: ese perro muerto que flota junto a la claraboya del proyectil lunar llega a ser en su desnudez un elemento más emocionante y terrible que el ataque de cien naves marcianas... También es propio de su carácter de iniciador de temas, de profeta cuyas visiones aún no parecen próximas y guardan encanto en sí mismas. Pero, como hemos dicho, este encanto dura poco en el caso de videntes tan atinados como Verne y es lógico que quienes vengan detrás añadan nuevas especies a un pastel que corre el riesgo de hacerse demasiado soso. Por ejemplo: cuando en 1865 Verne escribió "De la Tierra a la Luna", el simple planteamiento del viaje era ingrediente suficiente para mantener el interés de los lectores; por tanto, los expedicionarios del proyectil disparado por el Gun Club ni siquiera descienden a nuestro satélite y pasan la mayor parte de su tiempo dedicados a experimentos de física recreativa de una vocación frecuentemente cómica y no demasiado lograda, todo hay que decirlo. Pero si lo comparamos con otros dos viajes espaciales posteriores, aunque ambos escritos en vida de Verne, advertiremos la necesidad de sci-

catear mucho más libremente la fantasía para adobar un asunto que ya no se hace suficientemente interesante por sí mismo: pienso en "Los primeros hombres en la Luna", de Wells, y "El prisionero del planeta Marte", de Gustave Le Rouge. Wells escribe su novela en 1901: sus personajes no sólo aterrizan en la Luna, sino que descubren dentro de ella toda una civilización de hormigas inteligentes y pacíficas, regidas por una especie de gigantesco cerebro que practica un despotismo benévolo; el choque de esta industriosa cultura con los dos hombres, violentos y ávidos, la traición de uno de ellos por su amigo, etcétera, son otros tantos ingredientes que hacen de la parábola de Wells una inmarchitable obra maestra de lo fantástico, que ni la conquista de la Luna ni la de todo el sistema solar lograrían hacernos olvidar. Por lo tocante a "El prisionero del planeta Marte", Le Rouge escribió su cuento en 1908 y en esta ficción desbocada, hasta la última sombra del sereno positivismo veniano ha desaparecido: la nave de Robert Darvel llega a Marte impulsada por la voluntad aunada de miles de fakires, multiplicada por un condensador psíquico; el planeta está poblado por vampiros racionales que tiranizan a tímidos indígenas y son a su vez expropiados por

seres invisibles aún más terribles y poderosos; las aventuras de Darvel, perseguido hasta después de su retorno a la Tierra por los vampiros, son acongojantes y realmente estremecedoras. La obra de Gustave Le Rouge, desconocida en este país aunque fue editada hace muchos años en la revista "Novelas y Cuentos", es un prodigio alucinante y barroco que está en las antipodas de Verne, pero que no le es en modo alguno inferior. Tanto en el caso de Wells como en el de Le Rouge se patentiza no sólo un gusto literario muy distinto al de Verne, sino ante todo la imposibilidad de seguir prendiendo el interés del lector con la simple descripción de proezas técnicas.

¿Le viene también esta moderación de vuelo imaginativo a Verne de su fidelidad a los datos que la ciencia proporciona y que él no quería extrapolar más allá de cierto grado? En buena medida, así es. Pero tampoco exageremos el positivismo de la relación de Verne con las conquistas técnicas reales o posibles. Es preciso recordar que tenía que dar a sus viajes un tono educativo por contrato; su interés algo errático y pintoresco por los datos científicos, que amontonaba en sus fichas de autodidacta un poco a lo Bouvard y Pécuchet, estaba en buena parte inducido por



"De la Tierra a la Luna": la ciencia como amplificación maravillosa de las posibilidades del hombre de acción.

JULIO VERNE

sus obligaciones con su editor, el gracias a él inmortal Hetzel. En su prólogo a los "Viajes extraordinarios", Hetzel escribe el siguiente programa para toda la colaboración verniana: "Tiene el propósito, en efecto, de resumir todos los conocimientos geográficos, geológicos, físicos, astronómicos, amasados por la ciencia moderna, y de rehacer, bajo la forma atrayente y pintoresca que le es propia, la historia del Universo". Afortunadamente para sus lectores, el novelista no se dedicó realmente a cumplir este proyecto, pero debió hacerle constantes concesiones y tuvo que enfocar cualquiera de sus objetivos literarios bajo esta óptica de enciclopedia popular. De aquí la derivación secretamente demente que da Verne a sus científicos: un delirio siempre es interesante, pero un razonamiento sólo tiene interés cuando empieza a delirar. A Verne se le pedían razonadores y Verne dio razonadores, pero les fue empujando más o menos insidiosamente de la extravagancia a la demencia. Así se vengaba, quizá inconscientemente, de la obsesión científica y beatamente educativa del proyecto editorial en que se hallaba metido. Los grandes intelectos científicos que presenta Verne son, en el mejor de los casos, chiflados de extrañas características físicas, como el secretario del Gun Club en "De la Tierra a la Luna", nihilistas justicieros pero vengativos como el capitán Nemo, locos por amor imposible como en "El castillo de los Cárpates" y "El secreto de Wilhelun Stortitz", o en el caso peor, criminales ambiciosos y despiadados, como ocurre en "Robur el Conquistador", "Frente a la bandera" o "La increíble aventura de la misión Barsac", por pergeñar una lista en modo alguno completa. No parece que esta proliferación de más o menos indeseables personajes entre quienes representan precisamente el progreso y las luces del saber sea una circunstancia casual ni tampoco cuadra demasiado bien con la pretensión informativa del editor Hetzel. Pero tampoco hay que convertirle, en aras del estulto moralismo progresista, como un adelanto de la denuncia de los males de la ciencia y de los abusos de poder que ésta puede acarrear. Creo que la verdad es más sugestiva, aunque desde luego mucho menos edificante.

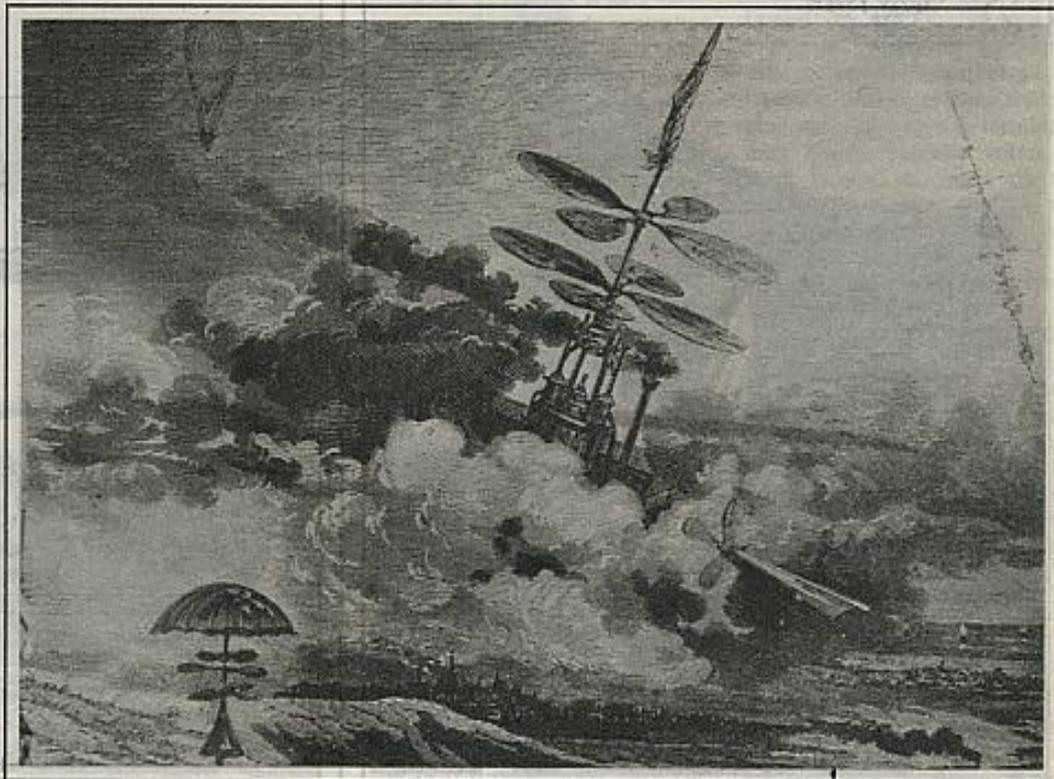
Verne amó la ciencia, eso me parece fuera de toda duda. Pero la amó no desde un punto de vista utilitario o regeneracionista, sino como una amplificación maravillosa de las posibilidades que se abren ante el hombre de acción. Pues es el hombre de acción quien protagoniza realmente las novelas de Verne. Y por eso las grandes empresas científicas de Verne se disparan según los motivos que rigen al hom-

bre de acción, no al sabio industrial que quiere mejorar los rendimientos productivos o ayudar a la Humanidad: una apuesta, el deseo de venganza, la ambición, la curiosidad... tales son los impulsos que llevan a un hombre a la Luna o le hacen descender a los abismos marinos. Verne pone a sus científicos al servicio de los hombres de acción y por tanto les convierte en luchadores contra la inmovilidad, la rutina o el aburrimiento. Cuando la vida cotidiana parece cada vez más carente de posibles hazañas por culpa de la técnica, Verne encuentra en la misma técnica nuevos acicates para las más enérgicas proezas: al mundo hay que darle cuerda para que no se pare. Tal como dice Michel Foucault: "Hay que hacer notar que, en general, los grandes calculadores de Julio Verne se dan o reciben una tarea muy precisa: impedir que el mundo se detenga por efecto de un equilibrio que le sería mortal, reencuentrar fuentes de energía, descubrir el horno central, prever una colonización planetaria, escapar a la monotonía del reino humano. En pocas palabras, se trata de luchar contra el hastío". La entropía es el hastío, la ceniza más amarga en boca del hombre de acción... A ese aspecto demoníaco, enérgico, de la ciencia, a ese es al que fue Verne particularmente fiel, no a su carácter de herramienta más o menos neutra en manos de fabricantes en serie de prótesis para inútiles. La imagen positivista del progreso pensaba que el desarrollo de la técnica permitiría al hombre romper con sus atavismos de animal de presa y le llevaría de la magia a la razón ordenada y pro-

ductiva; pero Verne no fue positivista en este sentido: para él, la ciencia perpetuaría eficazmente y con fuerza renovada los viejos rituales mágicos en que se cumplía la iniciación, lo mismo que habría de proporcionar al aventurero eterno peripecias más atrevidas de lo que hasta entonces se había atrevido a soñar. Para el positivismo progresista, la ciencia permitiría liquidar al hombre viejo y renovarlo en el buen ciudadano del estado industrial; para Verne, la ciencia permitiría al hombre ser de nuevo lo que siempre ha sido. A fin de cuentas, como muy bien dice Michel Serres, "la única ciencia en la que se puede reconocer sin dudar que Julio Verne ha sido un auténtico maestro es en la mitología". Y quizá su buscada sobriedad, o la que le impuso la innegable limitación de su talento literario, fueron el arma estilística más adecuada para dar a la luz esos nuevos mitos iniciáticos, esas nuevas Odiseas, cuyo humilde nacimiento entre las páginas de enciclopedias y revistas de viajes ciertamente no fue más imprevisible y paradójico que el de los viejos cantares de chamanes y aedos.

No olvidemos que, en lugar de respetar fielmente el planteamiento enciclopédico que se le proponía, Julio Verne dio a su saga el título de "Viajes extraordinarios". No compuso tratados ni crónicas de descubrimientos, sino diarios de a bordo de audaces exploradores. Que el recuerdo de los temas científicos-técnicos en estos viajes y el impacto que el cumplimiento de sus profecías ha producido no nos haga olvidar los viajes propiamente dichos, aquéllos en que la ficción

no fue acompañada de la ciencia: así el heroísmo juvenil de "Un capitán de quince años" o los robinsones adolescentes de "Dos años de vacaciones", cuya ambigua peripécia preludia las tinieblas de "Señor de las Moscas", de William Golding; así también la "Vuelta al mundo en ochenta días", esa pintoresca odisea de la puntualidad, y, por supuesto, los ojos abrasados y salvados por las lágrimas del gran Miguel Strogoff. Así aquel invierno pasado entre los hielos, o esa otra terrible aventura nórdica en busca de la sombra de Arturo Gordon Pym, así aquellas cinco semanas en globo oscilando entre África y el esplendor del cielo. Quizá sea ya hora de reconocer que Verne dedicó sus libros no a cantar al progreso ni a ensalzar los logros de la ciencia aplicada, sino a devolver su brillo a un tipo de hombre. Este tipo no se presentó vestido con sonora armadura, sino con chaqueta de tweed y polainas, no blandía espada y escudo, sino un paraguas y un cronómetro. Pero no nos engañemos: es el mismo para el que se escribieron aquellas palabras que Zaratustra exclama en "La visión y el enigma": "A vosotros los audaces buscadores e indagadores, y a quienquiera que alguna vez se haya lanzado con astutas velas a mares terribles, a vosotros los ebrios de enigmas, que gozáis con la luz del crepúsculo, cuyas almas son atraídas con flautas a todos los abismos laberínticos, pues no queréis, con mano cobarde, seguir a tientas un hilo y que, allí donde podáis adivinar, odiáis el deducir, a vosotros solos os cuento el enigma que he visto, la visión del más solitario"... ■



Verne sigue siendo una lectura apasionante a pesar de que lo que en su época era maravilloso, ahora ya no lo es.